

# En defensa de un positivismo alegre. Michel Foucault en el archivo\*

Renán Silva Olarte<sup>1</sup>

*Universidad de Los Andes - Colombia*

Recepción: 30/03/2012  
Evaluación: 24/04/2012  
Aceptación: 11/05/2012  
Artículo de Reflexión.

## Resumen

El texto que se presenta a continuación tiene por objeto hacer una reflexión sobre el uso de teorías y métodos en las Ciencias Sociales y en la Historia. Para muchos autores estos dos componentes parecían irreconciliables en el desarrollo de un trabajo de investigación, pareciera que unos usaban la teoría, mientras la labor de los otros era compilar la información de los archivos. Esto hizo que a lo largo del siglo XX la historia y las Ciencias Sociales divagarán entre el formalismo de los conceptos y la recopilación de datos, lo que dejaba fuertes vacíos en los procesos investigativos. En ese orden de ideas, los aportes de Michel Foucault son importantes por cuando su dedicación al archivo y el análisis teórico de la realidad social, le han permitido explicar otras realidades que se salían de las estructuras tradicionales; así el método se acerca a las reflexiones sobre el lenguaje y la cultura, lo que aporta aspectos innovadores en el tratamiento de la

---

<sup>1</sup> Sociólogo, Universidad de Antioquia. Doctor en Historia Moderna, Université de Paris I. Líneas de investigación: Cultura y sociedad; prensa y opinión pública; historia de las clases populares; grupos sociales y culturas intelectuales; relaciones entre comunidades académicas e intelectuales. [rj.silva33@gmail.com](mailto:rj.silva33@gmail.com)

sociedad y en especial de grupos humanos que se salen del contexto “normal” de la sociedad.

**Palabras clave:** historiador, método, teoricismo, empirismo, archivo, Michel Foucault.

## **In defense of a joyful positivism Michel Foucault in file**

### **Abstract**

This paper intends to reflect on the use of theories and methods in social sciences and history. For many authors these two components seemed irreconcilable in the development of a research work, it looked like some used the theory, while the work of others was to compile the file information. This was made throughout the twentieth Century; history and social sciences wandered off between formal concepts and data collection, leaving huge gaps in the research process. In that vein, the contributions of Michel Foucault are important in his dedication to the file and the theoretical analysis of social reality, which have allowed him to explain other realities that were out of traditional structures. In this way, the method gets closer to the reflections about language and culture, which provides innovative aspects in the treatment of society and, especially of human groups that are out of the “normal” context of society.

**Keywords:** historian, method, theoreticism, empiricism, file, Michael Foucault.

## 1. Introducción

*...digamos para jugar una segunda vez con las palabras, que si el estilo [el de las descripciones críticas es el de la desenvoltura estudiosa, el humor genealógico [el de las descripciones genealógicas] será el de un positivismo alegre.*

M. F./El orden del discurso

El texto pretende adentrar al lector en el debate que se suscitó a lo largo del siglo XX entre el teoricismismo y el empirismo, que llevó a que ciertos autores han tomado otro rumbo en las reflexiones y en las prácticas investigativas, e incluso a plantearse una resistencia al uso de los documentos, aunque no se tiene referencia de esta dicotomía en Colombia. En términos generales, el trabajo de los historiadores debe mantener un equilibrio entre la perspectiva teórica y el trabajo de archivo por cuanto son un complemento que permite explicar realidades particulares en determinados contextos. Se hace énfasis en el trabajo de archivo que desarrolló Foucault, lo que le permitió interrogar en tono filosófico sobre la realidad material a la que sólo se podía acceder a través de un largo y cuidadoso trabajo de archivo.

Se pretende hacer algunas reflexiones sobre los rigores del trabajo del historiador, relacionados con el método, que va más allá del conocimiento sobre el oficio y las tradiciones eruditas del análisis histórico; se trata de la búsqueda de un “lenguaje neutro”, independiente de la terminología científica y de las pretensiones sociales o morales, para lo cual se hace necesario revisar las expresiones y comportamientos de la sociedad y son estos los que dan cuenta de su estructura, de su organización y de las interconexiones que se establecen. Desde allí se presentan algunas consideraciones de lo que significó el archivo, la historia y el lenguaje para Foucault retomando aspectos de lo cultural y lo cotidiano que permiten comprender otras realidades sociales.

## I

Quisiera referirme hoy a un tema conocido en las ciencias sociales y el análisis histórico, pero al que me parece que vale la pena volver, pues son múltiples los aspectos que sobre él se pueden considerar y los énfasis que en cada caso deberían hacerse.

Para comenzar voy a dar al tema al que quiero referirme el nombre de *patologías intelectuales*, aunque igualmente podríamos hablar con exactitud de *patologías académicas* en el campo de las ciencias sociales, porque habría muchos motivos para pensar que son las formas de *organización académica* de los trabajos en ciencias sociales los principales responsables de la existencia de tales patologías.<sup>2</sup>

Las patologías intelectuales a las que voy a referirme pueden ser designadas como el *teoricismo* y el *empirismo*, y cada una de estas desviaciones puede ser considerada como distintiva en ciertos períodos de una u otra disciplina del campo de las ciencias sociales. Así por ejemplo, en: *La imaginación sociológica*, su conocido libro de finales de los años 1950, el sociólogo norteamericano C. Wright Mills, creó una caracterización típica de lo que designó como la “Gran Teoría”, una especie de estilización abstracta de

<sup>2</sup> La separación entre prácticas e instituciones -de un lado- y formas de percepción de los procesos -de otro-, y por lo tanto la reducción de todas las concepciones sobre el obrar humano y colectivo a procesos “exclusivamente individuales”, es apenas un síntoma de los pasos que se han dado atrás en la sociología del conocimiento desde los análisis de Marx, quien había puesto de presente de manera fundamentada, que las instituciones generan puntos de vista -lo que podemos llamar “efectos de institución- que los sujetos registran y adoptan como sus “propias opiniones”. Cf. al respecto, Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Buenos Aires: Siglo XXI editores, 1984), quien puso de presente la forma como las estructuras sociales del mundo académico generan puntos de vista que los “actores del drama” recogen luego como sus “más genuinos puntos de vista” -cf. de manera particular: “Anexo 2: Sobre las transformaciones morfológicas de las facultades y las disciplinas”, p. 249 y ss.

algunas de las más obvias ideas sobre el funcionamiento de la sociedad -como por ejemplo que constituía un “sistema” y que éste podía ser designado como “sistema social”-, e indicó que esa utilización abstracta servía ante todo para propiciar largas e inútiles discusiones que se convertían por el camino en un obstáculo insuperable para adelantar investigaciones concretas sobre la sociedad de ayer o de hoy, con lo que se convertían en verdaderos obstáculos para el avance mismo de las teorías y de los métodos con que se supone trabajan los analistas de la sociedad.<sup>3</sup>

Lo que Mills comprobaba al mismo tiempo en *La imaginación sociológica* es que estas formas unilaterales de practicar la ciencia social, que rompían las relaciones orgánicas que deberían tejerse entre problemas de investigación, teorías, métodos, técnicas y material empírico, venían siempre por parejas -como se cuenta que todas las criaturas venían en el arca de Noé-, de tal forma que el teoricismo era seguido en paralelo en la sociología, por lo que Mills denominó como “empirismo abstracto” una manera de reunir datos e informaciones sobre la base de criterios formales y rutinarios, desprendidos siempre de la formulación clara de un problema, lo que hacía que de manera implícita el investigador asumiera como “problema de investigación” lo que no era más que una representación inmediata de la forma como el sentido común menos elaborado y más trivial integraba los datos

---

<sup>3</sup> Cf. C. W. Mills, *La imaginación sociológica* (México: FCE, 1961). Después de la crítica de Mills, en los años 1980, bajo formas diferentes y en virtud de otras coyunturas intelectuales, la gran teoría volvió a resucitar. Cf. Q. Skinner -Comp.-, *El retorno de la gran teoría* (Madrid: Alianza Editorial, 1988) 13-30, para la “Introducción” de Skinner y pp. 70-85, para el texto de Mark Philips sobre Michel Foucault, considerado en esta oportunidad como un “subversivo multiuso”, un calificativo irónico de Clifford Geertz que refleja bien lo que la academia hizo de ese autor.

dispersos que la “realidad” le ofrecía a un observador desprovisto de toda percepción crítica.

De esta manera, la “Gran Teoría” y el “empirismo abstracto” se organizaban como los dos grandes polos irreconciliables de una falsa disyuntiva o grandes teorías que trataban de alimentarse así mismas de la propia teoría, bajo su forma más especulativa y alejada de los problemas de investigación; o la acumulación sin término de datos, cifras e informaciones recolectadas sin ninguna definición previa de los problemas de investigación a los que deberían servir de soporte y prueba empírica de una determinada argumentación.

Como se sabe, la historia y las ciencias sociales durante todo el siglo XX se caracterizaron por una especie de movimiento alternativo, a la manera de un péndulo, que las llevaba de un extremo al otro, como si su destino fuera vagar perdidas entre el formalismo de los conceptos sin ningún uso productivo y las recopilaciones de datos que no podían, por su propio pecado original, servir de manera productiva a ningún fin investigativo.

En el caso de la historia -considerada aquí como una disciplina singular del campo de las ciencias sociales-, las dos patologías que hemos señalado han sido también dos de sus grandes tentaciones, aunque si se escuchan las críticas habituales de los sociólogos al trabajo de los historiadores, habría que creer que el empirismo ha sido el pecado más constante de nuestro trabajo -por lo menos en la versión que del análisis histórico ofreció Norbert Elías en la famosa “Introducción” con que se inicia *La*

*Sociedad Cortesana*, su importante libro de finales de los años 1960.<sup>4</sup>

Sin embargo, podría pensarse que las dos formas de esta patología han coexistido en la disciplina histórica, aunque según épocas, culturas nacionales e instituciones académicas, alguna de ellas haya sido parcialmente dominante. De todas maneras, para finales del siglo XX, es posible que lo que puede ser designado como “teoricismo” en el campo del trabajo de los historiadores, haya sido un rasgo dominante, sobre todo en Estados Unidos y Alemania, dos países en los que sus instituciones académicas de ciencias sociales y filosofía recibieron a finales del siglo XX un fuerte impacto del denominado “giro cultural” y de los llamados “estudios culturales”.

Esa impresión de que el formalismo de las teorías vacías y un cierto alejamiento de la investigación concreta son rasgos característicos del análisis histórico,

---

<sup>4</sup> Cf. Norbert Elías, *La sociedad cortesana* [1969] (México: FCE., 1985) –I. Introducción: sociología y ciencia de la historia”, pp. 9-52, donde Elías arremete de manera frontal contra el empirismo de los historiadores y recuerda que la mayor parte de sus análisis consiste en una mezcla abigarrada de parafraseo de documentos y de opiniones personales formadas en el marco de su propia sociedad, distribuyendo según sus propias apetencias “alabanzas y vituperios”: “[El historiador] No solo narra con gran esmero lo que está en los documentos, sino que los valora, según su propio criterio, adjudica luces y sombras; y a menudo hace como si tal adjudicación cayera por su propio peso, como si no la guiaran en realidad los ideales y principios cosmovisionales de los partidismos de la época a los que adhiere”. p. 15. -Algunos comentaristas de la obra de Elías señalan que la primera redacción de estas observaciones data de los años 1930 y sugieren la enorme paradoja que hay en que esa crítica coincida con el momento de la elaboración de algunos de los conceptos y requerimientos que harían en el siglo XX del análisis histórico *otra cosa*, por parte de lo que luego se llamará la *Escuela de los Annales*. Pero habría que decir igualmente que bajo su *forma promedio* y bajo el empuje constante de las más diversas formas de “compromiso con la causa”, es decir de adhesión indiscutida a los partidismos de las épocas, en gran medida lo que se presenta como análisis histórico sigue siendo una combinación de empirismo documental con “distribución de alabanzas y vituperios”.

practicado bajo la forma de “estudios culturales modelo USA”, es la que queda en el espíritu cuando se leen algunos de los artículos de tono muy crítico que el gran historiador Robert Darnton ha venido publicando en años pasados, cada vez subiendo más el tono de sus quejas contra los “*cultural studies*” que dominan en los ambientes universitarios que más frecuenta este autor, quien además en los años setenta había en cierta medida avanzado en esa dirección postmoderna, bajo el influjo de Clifford Geertz, a pesar de la riqueza documental de su trabajo.<sup>5</sup>

Así por ejemplo, en una compilación de artículos publicada en el año 2003 por el FCE, Darnton incluyó un texto titulado -con toda la carga irónica que identifica su trabajo-: “Siete malas razones para no estudiar documentos” y en donde se refiere a la tendencia de los análisis recientes de historia cultural en los Estados Unidos a abandonar el trabajo sobre *fuentes primarias*, a agotar los debates históricos con referencias a obras secundarias -cada autor reenvía a su vecino, quien hará lo propio- y a encerrarse en el estudio de teorías que reenvían siempre de manera vegetativa a otras teorías -como se ha visto en el caso de los debates sobre las culturas populares o sobre las identidades sociales, debates en los que lo que más sorprende es la escasa disposición a introducir nuevos conjuntos documentales interrogados de formas inéditas, la única forma en las ciencias sociales de hacer avanzar discusiones que de otra manera tienden a volverse repetidas, abstractas, anodinas, anacrónicas, o todas esas cosas juntas. Como lo dice con toda su reconocida sinceridad Darnton, según el humor académico de nuestros días, lo que habría

---

<sup>5</sup> Cf. Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* [1984]. (México: FCE, 1987).

que hacer es “quedarse en la biblioteca, dejar de leer documentos, entrarle al postmodernismo”.<sup>6</sup>

No tengo una percepción clara sobre la forma como se presenta *hoy* en Colombia en el campo de la investigación histórica la relación de fuerzas -por decirlo así- entre los dos polos de esta falsa alternativa, entre otras cosas porque la producción histórica parece multiplicarse y especializarse cada año sin orden ni concierto, superando los deseos y las posibilidades de un lector individual, y porque además es de imaginar que una parte del trabajo que se hace bajo la forma de “investigación estudiantil de grado” queda sepultado en el olvido, no dejando huella visible y agotando su función en la que no es más que una de ellas: la de servir como requisito académico de grado, tal como pasa en mayor o menor medida en otros campos de la investigación en ciencias sociales en Colombia.<sup>7</sup>

Es de imaginar sin embargo que a la vieja tendencia empirista, que es reconocida como rasgo de nuestro trabajo, debe haberse sumado en algún momento el efecto propio de los “estudios culturales”, e incluso que en un solo trabajo puedan coincidir las dos patologías, como lo indican esos conocidos trabajos en los que a

---

<sup>6</sup> Robert Darnton, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. (México: FCE, 2003) 269-281. Cf. también, p. 431 y ss., en donde Darnton dice cosas aún más simpáticas y explosivas: “Lo que hay en Estados Unidos [hoy] es postmodernismo. Y en el despertar del postmodernismo, al igual que tantas tormentas secundarias que provoca el cambio general del clima, lo que tenemos son chubascos de jeremiadas en las humanidades”, p. 431.

<sup>7</sup> El último balance que se puede citar en el caso de los estudios históricos en Colombia es el de José Eduardo Rueda Enciso –“Balance historiográfico de una nación fragmentada y en conflicto”, *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango*. Volumen XLV: No. 79-80 (2011), quien no solo parece desconocer la mayor parte de lo que es medianamente significativo dentro de lo publicado en estos años, sino que continúa la vieja costumbre ya recordada de distribuir “alabanzas y vituperios” de manera interesada y caprichosa, como si un balance historiográfico fuera asunto de opiniones.

una introducción inicial de fuertes rasgos teóricos, casi siempre expresión del capricho y de la falta de conocimiento de la tradición de la disciplina, se suma enseguida una acumulación de datos “construidos” de forma puramente exterior sobre la base de una teoría que jamás se ha integrado a una materia documental casi siempre buscada con premura en el archivo.

## II

Debe señalarse que a pesar de la presencia constante de estas dos tendencias desequilibrantes del trabajo de investigación en ciencias sociales e historia a las que me he estado refiriendo –el “teoricismo” y el “empirismo abstracto”–, nada indica que deba abandonarse el *ideal* de superar o de controlar lo que en el fondo pueden ser en realidad tensiones constitutivas del trabajo en ciencias sociales –no hay que olvidar que los recurrentes libros sobre la “crisis del saber histórico”, que hace treinta años no dejan de aparecer (libros del tipo del de Gerard Noirel: *La crisis de la historia*), son escaramuzas repetidas de un batallón de retaguardia siempre empeñado en recordar que estamos en “crisis”, mientras el análisis histórico sigue produciendo año tras años obras renovadoras sobre los más disímiles aspectos de la sociedad pasada y presente. Habría que dar una explicación de este síntoma repetido y entender de cuál lado de la profesión y en qué ámbito institucional se produce, para saber qué valor puede otorgársele a un diagnóstico regularmente equivocado.

Una cierta *vigilancia crítica* sobre los trabajos que produce la disciplina -a través de reseñas, informes críticos y discusión académica-, lo mismo que una explícita conciencia sobre la necesidad de combinar perspectivas de trabajo teórico y empírico en cada una de las investigaciones que realizan los historiadores, y el análisis y revisión sistemática de las tradiciones de

erudición y análisis crítico que han ayudado a constituir a la historia como disciplina de perspectiva científica, desde el siglo XVII por lo menos, me parece que son instrumentos intelectuales importantes en esa lucha constante por mantener el trabajo de los historiadores dentro de un fondo de equilibrio que debe recordarnos que las grandes obras en la historia de la disciplina, lo que podemos llamar “nuestros clásicos”, siempre se han construido en el marco de un esfuerzo que combina al mismo tiempo las perspectivas de la teoría con las del trabajo de archivo, y ello con una constante atención al presente, sin que esto signifique de ninguna manera la imposición anacrónica de nuestro presente sobre el *presente proprio* de los objetos que hemos investigado.

Para mostrar esa disposición sabia a combinar en el trabajo perspectivas de teoría y de enfoques renovadores efectivamente puestos al servicio de la investigación y del examen de nuevos materiales de archivo, quisiera interrogar de manera breve algunos aspectos del trabajo de Michel Foucault, centrando la atención en su carácter, a veces ignorado o descuidado en el análisis, de *investigador de terreno*, de *hombre de archivo*, de “documentalista”, por así decir.

Recordemos que de manera muy precisa, en el momento de aparición de la *Arqueología del saber*, Guilles Deleuze habló de que la ciudad tenía un nuevo archivista, y un tiempo después, en su comentario de *Vigilar y castigar*, señaló el trabajo de Foucault como el de un nuevo cartógrafo, indicando otra vez la forma como toda esa interrogación de tono filosófico, se encontraba anclada en realidades materiales a las que sólo se podía acceder a través de un largo y cuidadoso trabajo de archivo, que era desde el principio no un rudo empirismo de la documentación sin análisis, sino una analítica moderna de las huellas de la actividad humana

tal como parcialmente han quedado reflejadas en lo que las sociedades han conservado de esa actividad.<sup>8</sup>

Como se sabe, la *imagen pública* de pensadores como Michel Foucault -y en la sociología y la antropología ocurre lo mismo con autores tan importantes como Pierre Bourdieu- se reduce a los aspectos más expresivos, más visibles, más definidos por su *contenido social*, y poca atención se presta a los que se relacionan con el trabajo paciente, prudente, sosegado, afirmado en la búsqueda de materiales de prueba en el archivo, de tal manera que lo que la posteridad (y en cierta medida el público académico universitario reciente) ha retenido, es la imagen de un pensador que se ocupa de predecir el futuro y el pasado, que respira ante todo un humor anti/institucional -como decía Pierre Bourdieu- hecho de desplantes y de irreverencias, que habla sin freno y sin control del “poder”, de la “represión”, de la “sexualidad” y demás tabúes de la sociedad de nuestro tiempo.

Ese trabajo de conversión de un autor en fetiche del tiempo y en ídolo de una academia que lo ignora en lo más cuidadoso y exigente de su obra, pasando por encima del carácter histórico y condicionado de sus afirmaciones, es típico de lo que la vida académica, considerada como rutina docente de repetición de *textos sin contexto* -según la expresión de Pierre Bourdieu-, produce, y no hay en ese hecho misterio alguno por explicar, aunque no deja de sorprender el consenso unánime, el prestigio y la

---

<sup>8</sup> Gilles Deleuze, *Foucault* [1986] (Barcelona: Paidós, 1987) -cf. de manera particular “Un nuevo archivista: *La arqueología del saber*”, pp. 27-48, en donde ofrece ejemplos importantes sobre relaciones entre “prácticas discursivas y no discursivas” -p. 36- y recuerda que el análisis de Foucault se opone “a las dos principales técnicas de análisis empleadas hasta ahora por los archivistas” -es decir los historiadores-: “la formalización y la interpretación”, y recuerda la desconfianza de Foucault en la creencia ingenua en los métodos seriales que dominaron por mucho tiempo en el campo del análisis histórico.

autoridad indiscutida que esas re/interpretaciones de un autor logran en la vida intelectual.

En el caso de Michel Foucault, ese proceso de conversión de un pensador en profeta y esa mutación de sus afirmaciones de investigador en fórmulas de una “Gran Teoría”, con olvido de su provisionalidad y de su carácter de fórmulas abiertas, ha hecho una carrera veloz, ante todo por la apropiación que la universidad en los Estados Unidos, en pleno proceso de auge de los “estudios culturales”, hizo de Michel Foucault como uno de sus más poderosos estandartes, una tarea a la que el pensador no dejó de prestarse con gran complacencia, dando su firma a un proceso de “apropiación” mediática de su trabajo, que lo inscribía además en una forma de interpretación y significado que parecía no encontrarse en el proyecto inicial de Foucault, en el momento de publicación de sus obras mayores.<sup>9</sup>

Subsisten sin embargo, más allá de las apropiaciones sociales y “textuales” las obras del autor, y todas sus iniciativas políticas y culturales, que permiten construir una imagen y un recuerdo diferentes de lo que fue su trabajo y la importancia que puede tener para los historiadores, tanto en el plano de los enfoques y de los problemas estudiados, como en el de los métodos y las originales formas de acercamiento a una realidad que Foucault designaba con el nombre preciso de “archivo” –una realidad que no dejó de re/definir y que tiene consecuencias importantes que me parece que en el campo de la investigación histórica no hemos terminado de comprender y asimilar, una contribución mayor a los enfoques y métodos de las “historias intelectual y

---

<sup>9</sup> Cf. Francois Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos* [2003] (Barcelona: Melusina, 2005), obra que por mucho tiempo permanecerá como la mejor crónica de la invasión intelectual francesa del último tercio del siglo XX a los Estados Unidos y -de nuevo- la rápida asimilación del producto exportado por la sociedad receptora.

cultural” que seguirá teniendo en la *Arqueología del saber* su expresión más notable y tal vez más cifrada y condensada.

Quisiera recordar pues -aunque de manera parcial- algunos aspectos de esa relación estrecha y durable que el *investigador* Michel Foucault sostuvo con los archivos, con los documentos sobre la base de los cuales, con el recurso a los cuales, superando su horizonte inmediato pero sin jamás desprenderse de ellos, fue capaz de hilvanar páginas de una gran riqueza analítica, escritas en un lenguaje soberbio, sobre algunas de las evoluciones -dispersas, contradictorias, no concluidas-, que han conducido a la emergencia del *individuo moderno* y por tanto de la sociedad moderna.<sup>10</sup>

### III

Todo indica que los amores de Foucault y el archivo comenzaron bien temprano, en la época en que inició sus trabajos sobre la locura, y parece que esa relación entrañable se ligó desde que el autor de la *Historia de la locura en la época clásica* tuvo que reconocer la soledad de sus investigaciones, el rechazo que provocaban en los medios filosóficos e históricos y los escasos antecedentes en que podía apoyarse, sobre todo después de que había tomado la decisión de renunciar por completo en su trabajo a las categorías de análisis que los médicos y otros expertos habían elaborado respecto de la locura, si quería cumplir con su objetivo de hablar de ella, y sobre

---

<sup>10</sup> Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, en uno de los pocos libros inteligentes y liberados de servidumbres que se han publicado en los Estados Unidos sobre Michel Foucault -cf. *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics with an afterword by Michel Foucault* (Chicago: University Press, 1982) [hay traducción al castellano]- han mostrado las diversas etapas de investigación que sobre la “emergencia del individuo moderno” recorren la obra de Foucault.

todo *dejarla hablar*, antes de que hubiera sido pensada y clasificada simplemente como lo opuesto a la razón.<sup>11</sup>

No había pues otra manera para el autor de esta historia de un hecho poco investigado, ignorado, olvidado y reprimido, que volver sus ojos hacia lo que en los archivos había quedado de huella de ese proceso, históricamente constitutivo de la razón en Occidente, proceso por el cual ésta -es decir la razón- se separó de todo aquello que la negaba, la ignoraba o la cuestionaba.

En el Prefacio a la primera edición de la *Historia de la locura en la época clásica* -y de esta obra hay que retener su título preciso: se trata del análisis histórico de la emergencia de un objeto en una época y una sociedad concretas-, Michel Foucault indicaba que en el curso de su trabajo muy poco se había servido de materiales reunidos por otros autores, y que en todo caso sólo lo había hecho en los casos y en las situaciones precisas en que no había podido tener acceso directo él mismo a los documentos que describían las realidades que quería interrogar y revelar, dejando claro que su libro se apoyaba en informaciones de archivo poco o nada conocidas, materiales de archivo con los que aspiraba a hacer otra cosa diferente de la habitual.<sup>12</sup>

Agregaba a continuación -y el contexto pone las cosas aún más claras-, que no se trataba de una opción que dependiera de un capricho o alguna búsqueda de originalidad, sino que se trataba de manera estricta de ir más allá de las referencias habituales de la psiquiatría, para escuchar, por ellas mismas, esas palabras que se

---

<sup>11</sup> Cf. Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica* [1964] (México: FCE -2 tomos-, 1967).

<sup>12</sup> El Prefacio -firmado en Hamburgo el 5 de febrero de 1960- fue dejado de lado parcialmente por el propio Foucault en las ediciones siguientes de la *Historia de la locura...* -de hecho no aparece en la edición en castellano-, pero puede leerse en Michel Foucault, *Dits et écrits I. 1954 - 1975*. París, Gallimard -Quarto-, pp. 187-195.

encontraban “por debajo del lenguaje” y que no parecían estar hechas “para acceder al rango de lenguaje”, dicho esto bajo una forma literaria que resultaba sorprendente en los libros corrientes de historia y que desde aquella época ha facilitado la especulación fácil de “comentaristas-filósofos” que se emocionan con expresiones del tipo “por debajo del lenguaje”, olvidando que la forma literaria debe ser contextualizada y que la expresión “por debajo del lenguaje” -que literalmente no quiere decir nada-, debe ser reunida con la idea de hablar de la locura antes de que el lenguaje preciso de la psiquiatría se apoderara de ella, sometiendo y dejando fuera del juego las propias palabras de lo que años después se designará como *anormales*, *locos* o simplemente *pacientes*.

Foucault terminaba el párrafo con modestia indicando al posible lector de su libro que para él, tal vez, la parte más importante de su trabajo era “el lugar que dejaba a los textos mismos tomados de los archivos”, en un gesto y una tentación que repetirá en otros trabajos y que convertirá en realidad en algunas de las importantes compilaciones de documentos que realizó, *gesto y tentación* sobre los que hay que detenerse un momento para señalar algunos equívocos de interpretación de los comentaristas y algunas ambigüedades que el propio Foucault dejó sobre su propio trabajo documental.

Lo que se debe señalar aquí sobre lo que hemos designado como “gesto y tentación” los que en verdad existen en los trabajos de publicación documental que hizo Foucault -a veces en compañía de otros camaradas de aventura-, es que ellos van mucho más allá de lo que a veces podría criticárseles en una primera mirada. La idea de traer la “palabra olvidada” a la escena, la voluntad de mostrar otras existencias “ejemplares” -casi siempre en *sentido inverso* de lo que la sociedad concibe como una “vida ejemplar”-, el deseo de recordar que el sufrimiento existe por todos partes en la sociedad, pero que se concentra de manera particular en esos “agujeros negros” cuya realidad nos negamos a pensar, va mucho

más allá y tiene raíces más “nobles” que las que se han imaginado. El “pensamiento de los límites” -del otro y del afuera- con lo que tanto se ha jugueteado en la vida académica, es mas bien el recuerdo de lo ignorado, de lo no visto, de las existencias despreciadas que son parte constitutiva de la sociedad, por más que ésta sólo quiera reflejarse en su catálogo de “vidas ejemplares”.<sup>13</sup>

Pero hay que ir más allá: como lo ha indicado en comentarios de gran aliento Roger Chartier, se trataba sobre todo en esas compilaciones de romper los límites de la reflexión habitual de los historiadores y conducirlos hacia zonas de desgarramiento que no se agotan en el sufrimiento de las clases sociales dominadas por la opresión en el mundo del trabajo y de la desposesión económica, sino que se trata de traer a la luz pública vidas que invocan, para ser exploradas, parámetros mayores, que recuerdan los silencios de la historia, sus innombrados y ausentes, las desviaciones extremas de la norma y todas las formas de desgarramiento que atraviesan la sociedad, que son la forma inversa del promedio, que no constituyen la mayoría ni el tipo de las “existencias humildes”, que amplían seguramente en sentido trágico los límites de lo “humano demasiado humano”, pero que no por ello son existencias indignas de un sitio en la historia, si la historia es parte del relato

<sup>13</sup> La referencia en particular es a *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère*. -Un cas de parricide au XIXe siècle présenté par Michel Foucault-. París, Gallimard, 1973 -hay edición incompleta en castellano-; *La vida de los hombres infames* (Madrid: La piqueta, 1990) recopilación de textos de los que Foucault decía que constituían “una antología de existencias”; *Los anormales*. -Curso en el Colegio de Francia-. (México: FCE, 2000); y *Herculine Barbin dite Alexina B.* -Presenté par Michel Foucault-. París, Gallimard, 1978, un doloroso caso de hermafroditismo que comienza con estas palabras escritas por Herculine: «Tengo veinticinco años y aunco joven, sin duda me acerco al término fatal de mi existencia. He sufrido mucho y he sufrido sólo, abandonado de todos», textos a los que hay que sumar la recopilación de “lettres de cachet” -cartas de castigo del rey-realizada con Arlette Farge -compañera de muchas aventuras- y publicada bajo el título de *Le désordre des familles. Lettres de cachet des archives de la Bastille* (París: Gallimard, 1982).

de todo aquello que forma parte de lo acontecido, y no solo de lo que deseamos que hubiera acontecido.<sup>14</sup>

Se trata igualmente de mostrar, y esto es tan importante como lo anterior, y a lo mejor lo menos comprendido hasta hoy, que más allá del mundo de los “propietarios de las ideas”, también existen las ideas -vivas y en acción, aunque menos formalizadas-, y que hay otros lugares de la sociedad en los que las ideas no están separadas del sentimiento, ni del color, ni del sabor –lo que recuerda que un viejo resabio académico, manifestación clara de nuestro etnocentrismo, nos arrastra a no declarar como “ideas”, sino aquellas “claras y distintas”, aquellas que tienen la forma más parecida a lo que en los medios intelectuales declaramos como una “idea”.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> En cualquier caso el problema no es fácil, y es posible que por lo menos en un primer nivel, la acusación de “populismo negro” y de “espíritu provocador” que se hizo a Michel Foucault por algunos de sus críticos -por ejemplo Carlo Ginzburg- pueda tener algo de razón. Pero el problema no desaparece, y al lado del populismo negro y la provocación habría que citar también una *historia social* limitada a construir las “vidas ejemplares” de un pueblo trabajador, siempre dispuesto a la lucha por una sociedad mejor y cuyas existencias se presentan -de manera altamente idealizada- como ejemplos de la virtud. Aun en los mejores estudios históricos de la fiesta y del carnaval popular, la tendencia idealizante se concreta en que todo allí era crítica y desafío del orden establecido, orden del que los grupos populares tendrían por principio una “altanera desconfianza”, que luego elaborarán los ideólogos del cambio y la utopía.

<sup>15</sup> El comentario de Roger Chartier es preciso sobre este punto: «Existe desde luego una “gran historia de las ideas”, una historia intelectual; pero lo que para Foucault era decisivo era que en textos que no respondían a los criterios o a las características habituales de un enunciado intelectual o filosófico, había pensamiento... Foucault señala que el tercer error (el primero era pensar las representaciones sociales simplemente como ideología, el segundo pensar que el saber no era más que un conjunto de representaciones) era olvidar que las gentes corrientes piensan, que sus comportamientos y sus prácticas se encuentran habitadas por el pensamiento. Había ahí una crítica directa a la disociación que realiza el análisis histórico entre lo que podía ser el objeto legítimo de una historia intelectual y ese otro objeto que era la historia de los comportamientos, de las conductas, de lo vivido, que se encontraba a distancia del pensamiento... [en su definición corriente]”. Cf. *Foucault aujourd'hui* –sous la direction de Roger Chartier et Didier Eribon-. Paris, L’Harmattan, 2004., pp. 52-53.

Así pues, no hay que sacar conclusiones apresuradas sobre el trabajo del filósofo al parecer convertido en archivista. En *La historia de la locura...* la idea de “dejarla hablar”, es una fórmula que no remite -por lo menos no en ese momento- a ninguna actitud populista ni a ninguna forma nueva de empirismo que imaginara que el análisis histórico se agota en el rescate de documentos que un análisis histórico debería limitarse a conectar a través de un hilo tenue, escondiendo el *propio trabajo del historiador*, sin enfrentar el problema de las formas de relación, de génesis y de evolución de un grupo determinado de acontecimientos, verdadero objeto del análisis histórico.<sup>16</sup>

Se trata por el contrario de una apuesta precisa sobre los rigores del trabajo del historiador y una jugada de método que revela un conocimiento mayor del oficio y de las tradiciones eruditas del análisis histórico. Por eso dirá renglones adelante que se trata de la búsqueda de un “lenguaje neutro”, “libre de la terminología científica y de las opciones sociales o morales” que lo preceden, lo acompañan o lo suceden, una fórmula que terminó siendo la oportunidad para que comentaristas apresurados de inmediato hubieran saltado del sillón para aplaudir una supuesta denuncia de la “ciencia opresora”, dejando en el aire la idea de que habría que dejar a su suerte a quienes pasan por esa tortura que constituye la locura, como forma de defenderlos del nuevo “gran encierro” que fabrica la sociedad, aunque Foucault sencillamente señala con un gran preciosismo de lenguaje -que expresa

---

<sup>16</sup> Esta parece ser la impresión que se llevó Carlo Ginzburg de la orientación de los trabajos de Foucault -tanto en el caso de la *Historia de la locura...* como en el caso de *Yo Pierre Rivière...* Cf. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* [1976] (Barcelona: Península, 2011) -primera edición en castellano en 1981-, pp. 9-28 y de manera particular 16-18 y cita 13.

mediante un texto de René Char<sup>17</sup>, que se trata de la búsqueda por parte del historiador de un lenguaje, como él lo llama de manera un tanto equívoca, *neutro*, que permitiera de manera cuidadosa restituir y comprender *palabras de archivo* que luego serán la presa de una forma de clasificación, de división entre locura y razón, difícil de reconocer por nosotros, gentes modernas que ya vivimos acostumbrados a ese tipo de reparto que es constitutivo de lo que consideramos el mundo de la razón como opuesto al mundo de la locura.

Se trataba sencillamente -pero esta frase es una traición a la complejidad del problema- de una defensa contra el anacronismo y de un intento difícil pero valeroso de *ir más allá de nuestras categorías*, para acercarse a un lenguaje que remite a una época anterior a la construcción de una manera de ver y de pensar a los “alienados” que caracteriza *nuestra mirada*. Sólo que esa exigencia de archivo y de método de tratamiento documental, por la manera inusual como era formulada, aparecía como extraña a los historiadores, quienes durante mucho tiempo han debido pagar el precio de su conformismo y su falta de disposición para las sorpresas y el cambio de rutinas, lo que a su vez abrió las puertas a interpretaciones más bien “lunáticas” en los medios universitarios en los que una obra de esta naturaleza se leía sin la menor atención por su contexto de producción y de circulación, tanto en su sociedad de origen, como en su sociedad académica de recepción, una lectura -pues- descuidada y realizada bajo la premura de las modas venidas de París, como parece haber sido de manera general la forma de circulación de estas obras en el caso colombiano y a lo mejor en el caso de América Latina, por lo menos si se tiene en cuenta los escasos frutos que su lectura ha arrojado, por lo menos

---

<sup>17</sup> Je retirerai aux choses l'illusion qu'elles produisent pour se préserver de nous et leur laissai la part qu'elles nous concèdent », citado en Préface [a *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*], en *Dits et écrits*, op. cit., T. I, pp. 194-195.

en términos de investigaciones que no comiencen por equivocar la realidad social y cultural a la que se dirigen.

Dejados los locos en paz, cinco años después Michel Foucault volvía al escenario público con un libro largo, denso, sorprendente, muy influido en su lenguaje por el estructuralismo de moda en ese entonces, titulado *Las palabras y las cosas*, y subtulado “una arqueología de las ciencias humanas”, y hay que indicar que enseguida los falsos acuerdos, los malentendidos y los desencuentros reales entre Michel Foucault y los historiadores prosiguieron -como desde luego prosiguieron los desencuentros con los más dogmáticos y conservadores de los filósofos, que se encontraban igualmente llenos de pánico bajo el efecto de la lectura de un trabajo en el que no se reconocían y al que por tanto declaraban como equívoco o incomprensible-.<sup>18</sup>

De este libro extenso, ampliamente elaborado, exigente desde el punto de vista de sus análisis, texto de una erudición que deja boquiabierto, escrito desde un punto de vista realmente novedoso, solo se retuvieron las formas exteriores de sus fórmulas más provocadoras -“la muerte del hombre”, por ejemplo- y la palabra “arqueología” -que sustituía en ese momento a la palabra “historia” que figuraba en el trabajo anterior sobre la locura-, palabra que llegaría a ser durante los años siguientes una moda extendida, que sólo cesó cuando el propio Foucault introdujo un nuevo vocablo que iniciaba

<sup>18</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* [1966] (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010) -edición revisada y corregida-. [La primera edición en castellano es de 1968].

entonces una carrera de éxito que superaría al obtenido con arqueología.<sup>19</sup>

En *Las palabras y las cosas*, el *archivo* en el sentido convencional de la expresión -como institución que conserva un patrimonio documental regularmente manuscrito y en principio relacionado con la vida social institucionalizada- es sustituido por una imponente búsqueda de *biblioteca*, lugar en donde Foucault encontró en esta oportunidad las fuentes primarias impresas sobre la base de las cuales construye su “arqueología de las ciencias humanas”.

A nadie debe sorprender este desplazamiento y su efecto de convertir, por un tipo de análisis, a un conjunto de libros impresos en un *archivo*. Era simplemente la consecuencia de un cambio en el objeto de reflexión y no de un abandono del “archivo” y de un refugio en la literatura secundaria. En una sociedad como la francesa, con grandes bibliotecas especializadas -de *libros y en ocasiones de textos manuscritos*-, con instituciones universitarias que guardan amplios tesoros bibliográficos que superan desde luego los términos de la búsqueda de

---

<sup>19</sup> Genealogía será entonces el término llamado a hacer una gran carrera académica y mediática. La palabra era conocida en sus acepciones nietzscheanas, a las que se sumaron nuevos sentidos propuestos por el trabajo del propio Foucault, y fue aceptada con relativa facilidad, sobre todo porque los historiadores no tenían que recurrir al diccionario para comprender su sentido inmediato, ya que su trabajo por siglos había sido “genealógico” y “heráldico”, lo que no dejó enseguida y hasta el presente de producir equívocos. Pero más allá de todo “uso creativo” del término, Foucault y sus comentaristas han podido efectivamente distinguir en su trabajo dos fases diferenciadas y complementarias, que en parte se organizan en torno a esta distinción, que además facilitó dejar de lado las anteriores aproximaciones analíticas, aun presas en el estructuralismo y la hermenéutica. Para la idea de genealogía presentada por el propio autor cf. Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía y la historia* (Valencia: Pre/textos, 1988). Una visión general de estas evoluciones Hubert L. Freyfus et Paul Rabinow, *Michel Foucault, un parcours philosophique. Au-delà de l'objectivité et de la subjectivité* [1982 en inglés]. París, Gallimard, 1984. [Hay traducción en castellano].

Foucault -más o menos limitada en este caso a los siglos XVI al XIX-, se encontraban todas las condiciones para indagar sobre las formas de constitución de unos tipos de saberes nuevos, indagación que en buena medida imponía la lectura de obras de autores que regularmente habían conquistado el mundo de la imprenta.

Pero por esta vía, y este hecho como era de esperarse no fue captado por las mentalidades pretendidamente “filosóficas”, ni por los historiadores -quienes que en principio no deberían haberse equivocado en este punto-, Foucault continuaba proponiendo una *ampliación y una redefinición de la noción de archivo*, cuyas características y consecuencias extremas se leerán un tiempo después en esa síntesis del *trabajo anterior realizado* que se conoce con el nombre de *Arqueología del saber*.

La idea de abrir al análisis lo que Foucault llamó “el archivo de una cultura”, introduciendo nociones en apariencia raras como la de “población de acontecimientos discursivos” o la más ambigua de “*episteme*”<sup>20</sup>; el intento de describir la cultura intelectual de una época no a través de las obras que *hoy* consideramos como notables, sino de aquellas que en términos de una época fueron las *lecturas corrientes y la expresión de puntos de vista dominantes* -lo que mostraba aún más el *carácter social de la verdad* y la distinción entre análisis histórico y epistemología-, y por lo tanto la decisión de no limitarse al estudio exclusivo de las obras que la posteridad ha retenido como significativas -lo que le mereció de Pierre Vilar y del propio Louis Althusser, a quien tanto quería, la acusación de apoyarse en las obras más mediocres en cada uno de los temas estudiados, como si esas obras juzgadas como mediocres *por el presente* fueran por ello

<sup>20</sup> La crítica de Michel Foucault sobre las propias ambigüedades de su noción -y otros puntos más- de *episteme* -es decir de un análisis llevado adelante en términos aparentes de “totalidades culturales” se encuentra en la propia “Introducción” a *L'archéologie du savoir*. París, Gallimard, 1969, p. 27.

menos históricas y menos influyentes en su época<sup>21</sup>-, todas esas y algunas otras fueron características que ayudaron a que desde el punto de vista del trabajo del historiador *Las palabras y las cosas* fuera una obra muy mal valorada, y que de nuevo fueran las supuestas “tesis filosóficas” sobre los más abstractos interrogantes en torno a la “cultura humana” -en general-, las que ocuparan la atención de los críticos, dejando de lado la discusión de proposiciones que se referían ante todo a la llamada “cultura clásica” (siglos XVI-XVIII) y en el marco limitado de la civilización europea.

Todas esas fueron condiciones para que la sorpresa y la ignorancia volvieran a juntarse y de nuevo se desconociera el interés histórico e historiográfico de unos análisis que trataban sobre la constitución de tipos de saberes que hoy son simplemente algunos de los soportes mayores de nuestra comprensión de la sociedad moderna; como fueron condiciones también para que no se viera todo lo que en términos de erudición crítica, de trabajo documental, de búsqueda de archivo, aportaba este monumento, que por el camino ha terminado por ser olvidado y abandonado en beneficio sobre todo de los cursos en el Colegio de Francia, a partir de 1971, cursos sobre los que habría que preguntarse si desde el punto de vista de su forma y estilo no habrían estado sometidos en exceso a las exigencias de divulgación para un público amplio, de manera que el trabajo de investigación y las conexiones con el archivo terminan desdibujadas, lo que, como hemos advertido al principio de estas líneas, facilitó la incorporación del “saber foucaultiano” a la maleta de viaje de consideraciones generales, escasamente periodizadas y espacializadas, que condujeron a una fácil re/interpretación de este proyecto de análisis de

---

<sup>21</sup> Guilles Deleuze se refirió de manera concreta a este equívoco en su presentación de *La arqueología del saber*: “Un nuevo archivista” y de *Vigilar y castigar*: “Un nuevo cartógrafo”. Cf. *Foucault, op. cit.*, cf. de manera particular pp. 41, 43 y 49-71.

la modernidad europea, trasmutado en una “teoría general” sobre la evolución humana, desterritorializada y despojada de todas las contingencias que la hacen una evolución singular.<sup>22</sup>

Hay que retener aquí un punto que es digno de interés y que tiene que ver con el conformismo y el dogmatismo de los historiadores, asustados cada vez que sus seguridades de ayer se ven asaltadas por formas de hacer que les son desconocidas. Buena parte del reproche que se hizo a *Las palabras y las cosas* tenía que ver, desde el punto de vista documental, con el hecho de que el filósofo trastocado en historiador, *aunque de naturaleza poco corriente*, hubiera mirado para *otro lado*, hubiera desviado su mirada de los *lugares comunes* a donde se dirigían de manera tradicional los historiadores cada vez que habían intentado estudiar el mismo problema abordado por Foucault en términos que reñían con las formas rutinarias de la *vieja historia intelectual*.

La sanción venía pues de una corporación que a veces parece que confunde el estudio sobre el pasado, al que de manera mayoritaria se dedica, con la fijación de su propio espíritu mental en el pasado; una corporación que parece llevar tal vez demasiado lejos la parte de “arte establecido” que tiene toda actividad de ciencia, en desmedro de la parte de “*arts inveniendi*”, como si la invención y la renovación no fueran también elementos centrales en la elaboración del conocimiento histórico.

<sup>22</sup> Jean – Pierre Peter, historiador de la medicina y cercano al trabajo de Michel Foucault, recordó en una página inicial de *Moi, Pierre Rivière, op. cit.*, pp. 7-11, las condiciones tumultuosas de los *Cursos*, lo que llevó a Foucault a plantear un seminario restringido, para lo cual pidió a los interesados un pequeño texto, con el fin de producir un compromiso de investigación. No hay ninguna sorpresa que la más de una centena de asistentes a los *Cursos* se hubieran decantado a la decena que se interesaba por el trabajo de investigación y respondió a la petición.

Una década después -en 1975-, con motivo de la aparición de *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, Michel Foucault, más allá de sus reconocidos éxitos en los medios universitarios, entra en la escena pública, con este trabajo novedoso, editado con bellas imágenes que aun nos siguen sorprendiendo, y que pronto se convertiría en un *best-seller* en multitud de lenguas, no solo por sus análisis -sin que podamos saber todo lo que quisiéramos sobre las formas de su recepción-, sino por su título cautivador, sobre todo si se tiene menos de veinte años y se vive en un ambiente de explosiva cólera juvenil.<sup>23</sup>

Sin embargo, más allá de lo que puedan ser los problemas de recepción y su constitución en best-seller -como poco antes o poco después ocurrió en Francia con obras de otros historiadores como Duby, Le Roy-Ladurie, Le Goff y algunos más-, *Vigilar y castigar* era un soberbio e inusual análisis de los mecanismos y dispositivos bajo los cuales la sociedad había imaginado las formas de encerrar, de corregir, de normalizar a los infractores de la ley. A su novedad de análisis, el libro juntó el hecho de estar asociado a una empresa de lucha por la dignificación de la vida de las gentes encerradas en las cárceles y al apoyo de las luchas de las gentes detenidas en Francia, luchas sostenidas a través de una organización que en su época se llamó el Grupo de Información sobre las Prisiones y del cual Michel Foucault era uno de los animadores.

Se trataba pues de unir el análisis histórico y la lucha presente de los propios detenidos -lo que además aliviaba al autor de la crítica de lo que en su momento se vio por

<sup>23</sup> Cf. al respecto Pierre Bourdieu, “¿Qué es hacer hablar a un autor? A propósito de Michel Foucault” [1995], en P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba, 1999) 197-203, quien recuerda no solo las condiciones bajo las cuales hay que interrogar a un pensador, más allá de la moda, sino la manera como la mediatización produce efectos, a veces invisibles, y por ellos más difíciles de controlar. En el caso de *Vigilar y castigar*, Bourdieu recuerda la cantidad de títulos de libros de historia con el uso del verbo en infinitivo que vinieron enseguida.

algunos historiadores como el mayor defecto de la obra: la carencia de una *historia social de los prisioneros*, el hecho de que el libro se limitaba a un análisis ante todo de dispositivos y mecanismos, muchos de ellos jamás llevados a la práctica, como en su momento lo señaló Michel de Certeau, aunque la crítica podría tener el defecto de ignorar el nivel de análisis en el que Foucault planteaba el problema y la confusión entre un análisis de sociología o historia social empírica y la genealogía de un dispositivo, como el panóptico, una utopía de control de la que jamás indicó Foucault que hubiera sido puesta en marcha.

Como se vio después, este fue uno de los puntos más candentes de un debate entre la plana mayor de los historiadores franceses y Michel Foucault y la ocasión de injustas descalificaciones contra el autor, lo que puso de presente que tal vez los historiadores de oficio más reconocidos seguían, como la gran masa de los historiadores, sin comprender la novedad de las obras de Foucault.<sup>24</sup>

El debate a que hacemos referencia, debate que terminó pronto por olvidarse -y que en América Latina nunca tuvo la difusión que merecía, como ejemplo de un problema importante considerado en un ambiente polémico<sup>25</sup>-, dejó claro, más allá de las injusticias y

<sup>24</sup> Los textos centrales del debate -y algunos complementos posteriores- que enfrentó a Foucault y a un grupo de historiadores -entre ellos Jacques Leonard, historiador de la medicina y su amigo, el historiador de la política, Maurice Agulhon, se encuentran reunidos en *L'impossible prison* (París: Seuil, 1980) -algunas de las objeciones de los historiadores son de una injusticia que asombra; otras recuerdan las que ya había presentado Michel de Certeau; algunas más parecen bien dirigidas y obligaron a Foucault a reconsiderar o a presentar de manera más precisa algunos de sus análisis.

<sup>25</sup> Cf. *La imposible prisión. Debate con Michel Foucault* -Jacques Leonard: El historiador y el filósofo- Michel Foucault: El polvo y la nube. (Barcelona: Cuadernos Anagrama, 1982). Con autorización editorial de Seuil, el debate fue recortado y la discusión propiamente dicha del problema -la mesa redonda- fue descartada.

excesos que parecen consustanciales a las discusiones académicas, que el paso entre la *incomprensión* de la obra de un autor y su *desconocimiento y descalificación* inmediatas como trabajo de investigación histórica, era fácil de dar, también para algunos de los más prestigiosos historiadores de esos años, autores todos ellos de obras notables en el campo de la reflexión histórica.

Muy poco se consideró en la discusión la riqueza de materiales documentales que incorporaba la obra. Muy poco se tuvo en cuenta que el viejo arqueólogo convertido en nuevo genealogista volvía por sus terrenos favoritos: el de los excluidos, el de los marginados, el que se designa en los Estados Unidos desde las épocas iniciales de la Escuela de Chicago con la expresión -problemática desde luego- de “sociología de la desviación”.

Solamente de manera breve y superficial se planteó en la discusión el problema del tipo de documentos de archivo con los que trabajaba Foucault, y lo que era una innovación radical en el terreno de las fuentes primarias del análisis, fue de nuevo visto como el abandono y la claudicación en la revisión de fuentes canónicas que se consideraban de obligatoria consulta, más allá del problema, del enfoque y de las perspectivas adoptadas por el autor.

En una entrevista publicada pocos días después de aparecido el libro y conocidas ya algunas de las primeras reacciones -muchas de ellas favorables a la obra-, Foucault habló sobre su libro, y se dirigió de manera muy crítica a los historiadores, señalando sus limitaciones en términos de objetos de análisis y de fuentes y el uso de esas limitaciones como una forma de descalificación del trabajo de los demás.

Foucault dijo -palabras más palabras menos- que los historiadores se parecían a los filósofos o a los historiadores de la literatura, ya que todos se encontraban

habitados a una historia de las alturas, si bien ya empezaban a aceptar, aunque con dificultad, el uso de materiales de archivo menos “nobles”; y recordaba que el uso en la investigación de documentos “plebeyos” -es decir no limitados a ciertas esferas y grupos sociales-, era una hecho corriente desde por lo menos cincuenta años atrás, posiblemente recordando algunos de los trabajos pioneros de la historia social, lo que de alguna manera, y a pesar de las incomprensiones, facilitaba su diálogo con algunos historiadores –un diálogo que difícilmente podía sostener con los “filósofos de las alturas”, molestos cuando veían arrastrar al molino del análisis histórico, problemas considerados mas bien como intemporales por ellos, como los de la *libertad* o la *racionalidad*, problemas que ahora Foucault vinculaba, además, con tecnologías y dispositivos que tenían su origen en prácticas, en formas de hacer y de pensar, signadas por afanes utilitarios; problemas que Foucault relacionaba con formas de control, con demandas sociales y muchas otras huellas de una actividad humana considerada como “baja” y poco ligada con las altas esferas del pensamiento bajo su forma tradicional.<sup>26</sup>

No tenemos necesidad ahora de prolongar los ejemplos, pues a esta altura nuestro argumento debe ser claro. El precio feliz que Michel Foucault había pagado por retirarse de las formas tradicionales de consideración de los problemas filosóficos se relaciona con el ejercicio de una nueva mirada desplazada de los

<sup>26</sup> “M. Foucault: Los historiadores están, como los filósofos o los historiadores de la literatura, acostumbrados a una historia de las alturas. Pero hoy en día, los historiadores aceptan con menos reticencia trabajar con materiales ‘no nobles’. La emergencia de este material plebeyo en el análisis histórico viene de hace una cincuentena de años; se tiene pues menos dificultades de entenderse con los historiadores. Jamás escuchará usted a un historiador decir cosas como las que se leen en una revista increíble –*Raison présente*-, en donde alguien ha dicho, a propósito de Buffon y de Ricardo: ‘Foucault no se ocupa más que de mediocres’”. -“Entrevista sobre la prisión: el libro y su método” [1975], en Michel Foucault, *Dites et écrites I*, op. cit., 1608. –hay traducción en castellano.

objetos tradicionales en los que se centraban filósofos e historiadores, una mirada que encuentra su correlato, su apoyo, su lugar de prueba y de experimentación, en el archivo, en el examen de lo que los historiadores en un lenguaje convencional han designado por años como “fuentes primarias”, aunque sobre este punto de archivos y de fuentes las innovaciones del autor son mucho más amplias de lo que se reconoce, quedando pendiente el trabajo de precisar en qué consisten de manera más concreta esas innovaciones.

## 2. Conclusiones

Por ahora podemos decir de manera argumentada que la obra de Michel Foucault, apoyada sobre todo en la perspectiva de Nietzsche, en su idea de que la mayor parte de lo que le ha dado color a la vida carece de historia, es decir de “genealogías” que muestren sus orígenes, sus procedencias y sus usos diferentes en diferentes períodos de historia, abre la oportunidad de ampliar y de redefinir no sólo el cuestionario habitual de los historiadores, sino la forma misma de examinar muchos de sus objetos, o de desviar la mirada respecto de objetos que deberían ser de su interés, porque son, como todo objeto social, portadores de una historia significativa.

Entre 1970 y 1972 -aproximadamente-, Michel Foucault trazó un programa -que por el camino amplió, redefinió y modificó- para sus investigaciones y precisó varias veces sus convicciones acerca de la investigación histórica, incluso y sobre todo aquella de pretensiones filosóficas o sociológicas, recordando que no tiene otro camino que el de fundamentarse en el trabajo de archivo, y esto por la forma misma como el acontecimiento humano se constituye, sobre la base de huellas dispersas que van quedando como rastros y que de manera parcial y fragmentaria las sociedades reúnen en instituciones designadas para ello, o que los historiadores logran

constituir en “archivo”, a partir de un trabajo de formación de “corpus” que vuelven a traer a la escena del conocimiento y la discusión lo que el olvido había sepultado.

La síntesis de sus observaciones -en el registro del trabajo cotidiano- aparece de la manera más clara posible en uno de sus textos más elaborados desde el punto de vista conceptual y del lenguaje que lo expresa. El que lleva por título *Nietzsche, la genealogía y la historia*, y que fue presentado y leído en una reunión de homenaje a Jean Hyppolite, a quien siempre consideró uno de sus grandes maestros -como no dejaría de mencionarlo en *El orden del discurso*-.

En el texto mencionado Foucault define las líneas centrales del trabajo del historiador y las características de los documentos con que trabaja, lo mismo que el *tempo* lento que definía la realización de su trabajo. Escuchemos algunas de las iniciales observaciones de Foucault. Dejémosle la palabra y suspendamos por un momento la nuestra, o nuestro parafraseo de la suya, y de lo que esperamos sea parte del espíritu de su obra. De esta manera podremos ver que el diseño pensado por Foucault poco se parece a las versiones improvisadas que de su trabajo nos dan los que a todo trance tratan de convertirlo en representante y maestro de una supuesta “gran teoría” sobre la sociedad, el poder, el cuerpo y algunas otras cosas más:

La genealogía es gris, meticulosa, pacientemente documental. Trabaja con pergaminos embrollados, borrosos, varias veces reescritos.

[...]

“La genealogía exige pues del saber minucia, gran número de materiales acumulados, paciencia,

Sus ‘monumentos ciclópeos’ no debe construirlos a golpe de grandes ‘errores beneficiosos’, sino de ‘pequeñas verdades sin apariencia, establecidas según un método riguroso’ En resumen, un cierto empeño en la erudición. La genealogía no se opone a la historia como la visión altiva y profunda del filósofo se opone a la mirada del topo; se opone, por el contrario, al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías. Se opone a la búsqueda del ‘origen’.<sup>27</sup>

## Bibliografía

Cusset, Francois. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona: Melusina, 2005.

Darnton, Robert. *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: FCE, 2003.

Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: FCE, 1987.

Deleuze, Gilles. *Foucault*. Barcelona: Paidós, 1987.

Elías, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: FCE., 1985.

Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. México: FCE -2 tomos-, 1967.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010.

Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía y la historia*. París: Pretextos, 1997.

---

<sup>27</sup> Michel Foucault. *Nietzsche, la genealogía y la historia*, op. cit., pp. 11-13. En el párrafo y a lo largo del texto Foucault entrevera partes de frases de Nietzsche -que son las que van aquí con comillas sencillas y que provienen de *La gaya ciencia*, *Humano demasiado humano* y la *Genealogía de la moral*.

Mills, Charles. *La imaginación sociológica*. México: FCE, 1961.

Skinner, Quentin (Comp). *El retorno de la gran teoría*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Cf. *La imposible prisión. Debate con Michel Foucault* -Jacques Leonard: El historiador y el filósofo- Michel Foucault: El polvo y la nube-. Barcelona: Cuadernos Anagrama, 1982.